



## CAPÍTULO XXIV

### *La Eucaristía y las Religiones apócrifas.*

#### SUMARIO

- I. Todas las falsas religiones se basan en la revelada.
- II. En consecuencia contienen los principales de los Misterios de la Fe Católica, particularmente el de la Eucaristía.
- III. Qué siente el Mazdeísmo del Misterio del Altar?
- IV. ¿Y el Brahamanismo?
- V. ¿Y el Confucionismo?
- VI. ¿Y el Budhismo?
- VII. Los misterios de Mithra confirmando la Eucaristía.
- VIII. Las prácticas religiosas de los antiguos romanos, de los griegos, celtas, mejicanos, peruanos, etc. acerca del sacrificio, emiten altísima idea del Sacrificio eucarístico.
- IX. Los musulmes, corroborando el dogma del Altar.
- X. Este Misterio resplandece en el culto del judaísmo moderno.
- XI. Los protestantes, sin quererlo, han apoyado la Eucaristía.
- XII. Otro tanto practican los francmasones.
- XIII. Conclusión: Las religiones apócrifas sirven de gloriosos trofeos al Sacramento de la Eucaristía.

Si bien es cierto que las religiones falsas, consideradas en su esencia, no pueden servir de prueba contundente en pro de los dogmas revelados, no es menos indudable que expresan muchísimo en su favor; que son un testimonio relativo, aunque confuso, pero magnífico, de muchas de nuestras verdades sacrosantas, y que si las inteligencias superficiales y acostumbradas á negar ó á dudarle todo se hubiesen tomado el módico trabajo de estudiar este asunto, tendrían sin duda alguna por ciertos los dogmas del Catolicismo. Más aún: si muchos católicos, á quienes compete el

estudio de las ciencias eclesiásticas, se hubiesen fijado con mayor detención en la presente materia, hubieran hallado bellezas que decoran el Cristianismo y le ensalzan sobremanera.

#### I

Una ligera ojeada sobre el origen de nuestra Augusta Religión Católica y el de las apócrifas religiones, si exceptuamos el islamismo, pondrá de relieve que á todas ellas animó el mismo principio, los mismos dogmas é idéntica moral. Formó el Creador al primer hombre del cieno de la tierra; esculpió en su inteligencia con deífico cincel los dogmas de la unidad de Dios, de la Trinidad, de los premios y castigos, de la creación, sumisión y culto que debía tributarle; grabó, asimismo, en su corazón como en blanda cera, el amor que debía profesar á Él, á sí propio y á sus prójimos, y he ahí que después de su infausta caída, al oscurecerse su mente, depravarse su voluntad y debilitarse su memoria, pasan estas desgracias juntamente con las verdades tradicionales á sus descendientes. Entre éstos, Noé y su justa familia, que fueron librados del universal cataclismo, conservaron los referidos conocimientos que transmitieron á sus hijos. El orgullo humano, empero, que repetidas veces premeditara alzarse contra el Omnipotente, á fin de no ser anegado en otro espantoso diluvio, levanta la famosa torre de Babel; pero Dios, contra quien el hombre nada puede, confunde las lenguas de sus atrevidos operarios y los dispersa humillados por todas las regiones habitables del globo. La misma confusión de lenguas, el conocimiento más ó menos claro de la tradición única heredada, la indolencia, el carácter particular de cada uno y la voluntad inclinada siempre hacia el mal, de las familias dispersas, particularmente de sus jefes, originaron el oscurecimiento de los dogmas y, con el progreso del tiempo, el olvido de algunos de los mismos, especialmente de los menos conformes al humano corazón corrompido. El culto sufrió la misma suerte; pero la moral, con los halagos de unos apetitos sin freno, se envile-



ció en unos pueblos más que en otros, al modo que los dogmas, efecto de las mencionadas causas. Prueba evidéntisima de que las religiones aludidas al principio de este capítulo, tuvieron un mismo principio con la tradición única, que luego heredó Abraham y Moisés, es que todas ellas, unas con mayor propiedad y extensión que otras, pero siempre con el más completo embrollo, conservan en el día recuerdos tradicionales de la unidad de Dios remunerador, de la creación, de la caída del primer hombre, del diluvio universal, de la confusión de lenguas, del Redentor prometido, y muy en especial de la necesidad absoluta de aplacar al Dios ofendido, por medio de sacrificios sangrientos. Algunas de estas apócrifas religiones, como el Brahmanismo y Mazdeísmo, acercándose con mejor deseo á la Religión revelada, conservan en sus libros sagrados, vestigios adulterados, pero expresivos del Misterio Augustísimo de la Trinidad y de la Encarnación del Hijo de Dios; el Magismo envuelve ideas del Nacimiento del Salvador prometido; y Melchor, Gaspar y Baltasar, reyes y sacerdotes del Oriente, que profesaban esta espiritual religión, conciben la idea del lugar de la aparición de Cristo Señor Nuestro en la tierra. Qué más? El adorable Misterio de la Eucaristía es objeto dignísimo de las religiones falsas. Cómo puede ser esto? Lo vamos á examinar. Quisiera que el objeto que me he propuesto desenvolver en el presente capítulo, pudiera abarcar algunos textos de los libros sagrados de las supuestas religiones que confirmaran los dogmas arriba mencionados, aunque puede el lector consultarlos en otra parte (1); pero sí insisto en que las religiones apócrifas no son más que corrupción de la revelada. En aquéllas, cuando el dogma se ha oscurecido, cuanto más ha sido embrollado ó ignorado el conocimiento del verdadero Dios y de los dogmas sobrenaturales, tanto más la moral de las mismas se ha corrompido y el culto materializado. Prueba evidente es, que las religiones monoteístas poseen una moral no tan relaja-

(1) Véase el dicc. teolog. de Bergier, aumentado por Le-Noir.

da, ni un culto tan bajo y rastrero como las politeístas: y entre las primeras, aquéllas son más puras y nobles, que conservan mejores y más perfectos conocimientos de la Divinidad y de sus relaciones con las criaturas. Los gentiles que no habían perdido aún toda noción de la Divinidad, pero que no obstante la creían monstruosamente identificada en las criaturas ó ídolos que ellos mismos forjaban; ¿á qué crímenes de todo género no se entregaban, cual si fueran placeres lícitos á la naturaleza? Y no podía menos de ser así; porque, habiéndose borrado de sus inteligencias los verdaderos dogmas, y considerando ruinmente que la divinidad gozaba de cualidades poco más elevadas que las de la criatura racional, atribuían á aquélla los mismos deseos ilícitos que brotan de ésta, los cuales enaltecían y glorificaban, proponiéndolos como modelos de acciones practicables. No así ha sucedido á las religiones monoteístas apócrifas. Una simple ojeada sobre la moral de los persas, patentizará que sus prescripciones son místicas, y que toda ella, aunque mezclada con necias supersticiones, presenta el carácter de espiritual y nobilísima. Los Brahmanes poseen una moral semejante á la del Cristianismo, no sólo en lo que respecta á los preceptos, si que también á muchos consejos evangélicos; y esto, porque sus dogmas son más conformes con la Religión primitiva revelada.

Mas no salgamos de nuestro objeto. Hemos visto que las religiones apócrifas, consideradas en su primaria idea, no procedieron del discurso humano, aunque con la sucesión de los tiempos aparecieran impostores que modificaron algunas de las mismas, sino que se derivan de la Religión primitiva, dada por el Eterno á los hombres, con la cual formaban una sola religión en el principio, y que por las causas mencionadas quedó oscurecida.

Esto se ve todavía más palpable por los trabajos filológicos de la ciencia contemporánea, los cuales, según afirma un autor, (1) «reuniendo todas las lenguas conocidas en

(1) Véase el Dicc. de la enciclopedia moderna, publicado por Mellado, tom. 31, art. Religión.



un pequeño número de ramas ó familias, y haciendo notar entre ellas semejanzas muy visibles y diferencias no menos esenciales, nos llevan á la necesaria conclusión de que ha habido en un principio unidad de lenguaje, y que esta unidad, en lugar de alterarse por modificaciones graduales, ha debido romperse por una separación brusca é instantánea».

## II

Hice notar además, que las religiones inciertas contienen confusamente varios dogmas de la Religión revelada y que entre ellos brilla, no sin extrañeza nuestra, un bosquejo de la Eucaristía. Esto se hace más de maravillar cuanto que el referido dogma no se reveló hasta la venida del Redentor prometido. Por lo tanto; ¿cómo pudieron vislumbrarlo las antiguas religiones supuestas? Detengámonos en el asunto.

Dice con toda propiedad el sabio Le-Noir (1) que existen dogmas en el Catolicismo, y entre ellos señala el de la Eucaristía, que son inherentes á la naturaleza humana, y que por esta razón poderosa, aunque no la demuestra, le contienen las religiones falsas; pero dejando nosotros este raciocinio, investiguemos otra clase de pruebas que, en mi humilde sentir, gozan de probabilidad suficiente.

Los libros sagrados de las mencionadas religiones, si exceptuamos el Alcorán y el Talmud, gozan de diferentes épocas muy remotas á la venida del Divino Salvador al mundo, pero no de tal suerte que, ora sus introductores, ya también sus redactores no tomasen algunas ideas, dogmas, preceptos y culto de la tradición revelada. Con efecto. El Magismo se supone ser el más antiguo entre estas religiones; algunos autores hacen á Abraham y á Melquisedec, que existieron veinte siglos antes de nuestra era y al profeta Balaam, que vivió más tarde, profesores del magismo, aunque se ha de suponer que este conjunto de creencias y prácticas era entonces la misma religión primitiva sin mezcla de superstición alguna. Ahora bien, concediendo esto, que es todo

(1) Dictionn. de Bergier et Le-Noir, art. Brahamanisme.

cuanto en materia de orígenes puede concederse, ¿no tenían á la vista, los primeros magos, al árbol del paraíso y á Noé como símbolos adecuados de la Eucaristía? (1). El mismo Melquisedec, ofreciendo á Abraham el pan y el vino (1), ¿no es un emblema acabado del Sacrificio incruento? He aquí, por lo tanto, cómo los magistas pudieron anunciar en confuso el Misterio eucarístico. Pero no está aquí el mejor argumento. Se sabe ciertamente que el magismo, llamado también Parsismo y Guebrismo, por hallarse extendido en la Persia é India, es, tal cual hoy le conocemos en el Zend-Avesta, obra de Zoroastro, que floreció en el siglo VI antes del Redentor. Los documentos ó libros sagrados anteriores á este poco menos que endiosado personaje, que contenían la doctrina espiritual del magismo, se perdieron en la noche de los tiempos, por cuya razón no sabemos ciertamente si la idea vaga del Sacramento Santísimo era contenida en los mismos; empero debía remontarse por lo menos á algunos, si no á muchos siglos antes de la aparición de Zoroastro, ya que éste no hizo otra cosa que reformar el antiguo magismo, el cual, al tiempo de aquel innovador, se hallaba mezclado con el sabeísmo (2). Además, el autor del culto de los espíritus, ó la religión de Confucio, no se encumbra más allá del siglo VI ó VII, tiempo en que existió semejante personaje. Buda, que reformó el Brahmanismo, no es de un tiempo anterior á Confucio y Zoroastro, según unas opiniones, porque según otras le hacen remontar al siglo X antes de nuestra era. La religión de los mejicanos tendrá su origen en estos mismos tiempos y aun concedemos algunos siglos más. Finalmente, el Brahmanismo, que le suponen antiquísimo, no se le hace subir más que XV siglos antes del Catolicismo.

Ahora bien; en el supuesto de que este último se eleve hasta el siglo XV antes de nuestra era, fácil es comprender que en esta fecha estaba redactado ya el Pentateuco por

(1) Véase La Eucaristía y sus Símbolos.

(2) Adoración de los astros.



Moisés, quien lo efectuó á últimos del citado siglo. En estos libros sagrados, por consiguiente, se hallan expresadas varias figuras de la Eucaristía, tales como el cordero pascual, el maná, el tabernáculo, el arca de la alianza, y muchas divinas autoridades que lo bosquejan perfectamente, v. g.: «Pondré mi tabernáculo en medio de vosotros y no os desechará mi alma; andaré entre vosotros y seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo (1)». Reconocido esto, ¿no pudieron los Brahmanes tomar semejantes ideas y creencias del pueblo Hebreo que conservaba semejantes libros, ya que ni ellos las inventaron, ni es probable las tomasen de otras gentes? En cuanto á Buda, concediéndole toda la antigüedad que se le pueda conceder, ¿no debió tomar del referido pueblo, por idéntica razón, las mencionadas ideas ó creencias? En su tiempo se hallaban escritos los sagrados libros I y II de los Reyes, el Salterio, los Proverbios, el Eclesiastés y el Cantar de los Cantares, de los cuales se obtienen abundantes conceptos á favor del dogma eucarístico. El Mazdeísmo puro y la religión de Confucio, al tiempo de su aparición, hallaron mayor número de luces en los libros de los profetas y en algunos otros del Antiguo Testamento; por manera que el plan eucarístico, por decirlo así, debieron tomarle las religiones falsas de los libros sagrados del pueblo hebreo.

### III

Veamos ahora, qué noción tenían del Sacramento y Sacrificio eucarísticos las religiones apócrifas. Empecemos por el Mazdeísmo. En medio de los complicados laberintos que se observa en sus dogmáticas doctrinas, resulta que, á más de Ormuzd ó el Dios por excelencia bueno, forman la Trinidad mazdeística Zervane y Honnover, quienes son en efecto una especie de Dios encarnado, y al que los sacerdotes persas pretenden reproducir en sus manos mediante una especie de consagración sacramental. Para el efecto recogen

(1) Levit. 26.—Véase lo que dijimos en «la Eucaristía y los Libros del Antiguo Testamento.»

el zumo de cierto árbol, llamado Hom, al que atribuyen una virtud enteramente sobrenatural y divina; este zumo sirve como de materia para su confuso sacramento y sacrificio, y creen que al ser consagrado el Hom, Dios encarnado, vienen á resultar una misma cosa éste y el referido zumo del árbol.

Semejante al sacrificio de los mejicanos, pero más místico que él, para llevar á efecto esta especie de cena eucarística, el sacerdote persa toma una copa ó cáliz, introduce en ella el referido zumo y pronuncia sobre él las palabras, que diríamos nosotros consagratorias, pues ellos las dan la misma virtud. Luego, dirigiéndose á este zumo, ya ficticiamente transubstanciado, ruega por todos los fieles del magismo, lo cual viene á ser como una especie de mementos. He aquí las palabras del sacerdote: «Todo aquél que bebiere de este zumo no morirá... pues él concede la vida... es la persona divina que es comida por el hombre... por este cáliz que yo te presento, añade el sacerdote, fijando los ojos en el zumo, dadme tres, cuatro, seis, nueve, diez por uno; recompensadme de este modo ¡oh puro Cerahoin! ¡otorgad la pureza á mi cuerpo! ¡vela sobre mí, oh Hom, producción excelente! ¡ven tú mismo, hombre purísimo!; dadme Hom santo; tú, que alejas la muerte, las dulzuras celestiales de los santos, ¡oh espíritu de luz y de felicidad...» (1).

Diríamos que esta plegaria es la oración de un ferviente católico dirigida á Cristo Sacramentado. Todas y cada una de las ideas y aun de las mismas expresiones convienen en un todo con la doctrina de la divina Eucaristía. No parece sino que los infelices persas hayan tomado esta doctrina de los católicos y la hayan querido aplicar á su pretendido y elogiado Hom. Si se tiene en cuenta esto, y no se ignora que un tal Vendidad-Sadé (1) representa á este Hom como apareciendo á Zoroastro bajo la figura de un cuerpo humano glorioso é inmortal, apellidándose Hom el santo, que tiene la potestad de alejar la muerte, de curar las enfermedades, de abatir los tiranos de la tierra, de otorgar todas las virtu-

(1) Le-Noir, ouvre dit.



des y todos los bienes á los que le invocan, en particular para dar al alma la celestial vida si aquélla la recibe en la comida presentada en el sacrificio, tendremos la extraña satisfacción de contemplar los efectos que produce la Eucaristía en los que la reciben sacramentalmente.

He aquí, por consiguiente, el dogma eucarístico, embrollado en unas tradiciones confusas y groseras, pero que ciertamente hablan muy en favor del Catolicismo, al presentar á los ojos del investigador un dogma todo divino, si es que sabe separar lo verdadero de lo falso y ridículo.

#### IV

No es menos rara la idea eucarística que ostenta el Brahmanismo en sus Vedas ó libros sagrados. Los indios, cultivadores de esta religión tan espiritual en su fondo, ya que poseen también sus respectivos monjes que viven apartados del mundo, quisieron denominarse aryas ó venerables y puros, para diferenciarse de los dasyous ú hombres impuros y bárbaros. Su dios principal y dominador es Brahma que equivale al Dios verdadero, pero en sus confusas ideas acerca de este Dios y de la creación, imaginaron emanaciones divinas procedentes de Brahma. Los monumentos más antiguos de los indios son los Vedas, que se suponen revelados por Brahma y conservados por tradición oral hasta que Vyasa ó Veda-Giaasa, sabio del Indostán, y que existió tres siglos antes de nuestra era, los redujo á una especie de código, cuyo nombre hemos mencionado. Existen cuatro clases de Vedas, el Rig-Veda, más antiguo que los demás; el Yajourd-Veda; el Sama-Veda y el Atharvana-Veda que es muy posterior á los otros, pues Manú, divinidad supuesta, y que lo hacen remontar al siglo XII antes del Redentor, no lo nombra en su Manava-Dharma-Sastra, ó leyes de Manú; empero lo más probable es que sea del cuarto ó quinto siglo antes de nuestra era.

Esto sentado, en el cuarto libro Atharvana-Veda, se hallan confusamente bosquejados los misterios de la Augusta Trinidad, Encarnación, Redención y Eucaristía; este último como

sacramento y sacrificio. Brahma, Vichnou, Siva; he aquí la Trinidad de los indios. Vichnou que corresponde á la segunda persona de nuestra adorable Trinidad, sufrió nueve encarnaciones, de las cuales las ocho primeras no fueron otra cosa que apariciones de la Divinidad bajo ciertas formas, para renovar la promesa de la Redención, mas la última, ó nona, es la de Krichna, hijo de la virgen Devanagny. Admiramos las frases del Atharvana-Veda. Al referir la venida del Redentor al mundo, dice: «Él vendrá, y los cielos y los mundos se llenarán de alegría..., y la tierra será demasiado pequeña para contenerle..., porque él es el poder por excelencia, la sabiduría y la bondad... Él vendrá, y los espíritus infernales, Rakchasas, se precipitarán en el averno. Él vendrá, y los Pisathas impuros cesarán de roer los cadáveres de los difuntos... Él vendrá, y la vida desafiará á la muerte y el período de disolución quedará suspendido; él rejuvenecerá la sangre de todos los seres, él regenerará todos los cuerpos y él purificará todas las almas. Él vendrá más dulce que la miel, más puro que el blanco corderillo y que los labios de una virgen, y todos los corazones serán transportados de amor». En estas últimas cláusulas brilla una feliz idea del Sacramento Eucarístico.

Pero veamos el embrollado concepto que tenían de este santo Misterio los aryas-indos. Para el efecto no tenemos más que describir su propio sacrificio, y en él encontraremos lo que anhelamos. Éste consiste en una doble ofrenda: la primera, que es de cosas sólidas, se compone de leche, arroz y animales domésticos. La segunda, de cosas líquidas y más principalmente del admirable Soma, que es cierto licor alcohólico, obtenido de la fermentación de tallos, de la baya (fruto del laurel y de otros árboles), mezclados con cebada convenientemente humedecidos; que deben ser consumidas por el fuego del altar.

«El sacrificio védico, dice M. Pillón (1) nutre á los Devas (2) y sostiene la vida...; él es esencial á la conservación

(1) Véase á Le-Noir, art. Brahamanisme.

(2) Genios brillantes semejantes á los dioses.